

Salpicón insípido



Nariño, pueblo rebelde y bravo.
“Capitán Colombia” y otros episodios
 de una historia desconocida
Guillermo Segovia Mora
 Bogotá, 2008, s. e., 231 págs.

Cuando uno se encuentra con un título como el de este libro, supone que su contenido está relacionado con las acciones colectivas, de protesta y de lucha, de un grupo humano, en este caso el constituido por el pueblo nariñense, en el suroccidente de Colombia. La sorpresa es mayúscula cuando se descubre que el libro trata de todo lo contrario: de la acción de individuos y personajes aislados (uno de ellos, Alfonso Alexánder, de indudable trascendencia histórica) que además son considerados fuera de contexto, sin relacionarlos con las características de la sociedad nariñense en cada uno de los momentos en que aparecen los personajes considerados. De entrada, entonces, el título de la obra no se corresponde en general con el contenido, salvo por lo del “Capitán Colombia”, como era llamado Alfonso Alexánder.

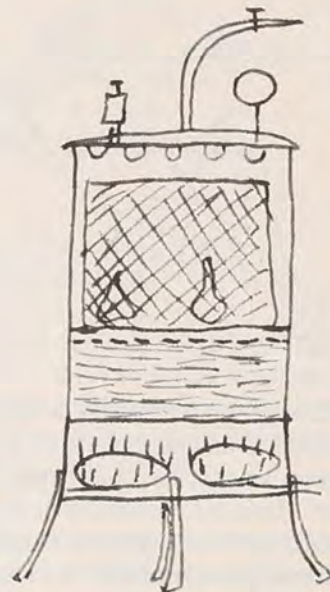
El libro está dividido en dos partes: la primera, la única que es medianamente rescatable, trata de la vida de un personaje aleccionador, Alfonso Alexánder, que luchó al lado del general de hombres libres, Augusto César Sandino, en Nicaragua; y la segunda parte corresponde, a la reproducción de unos textos periodísticos muy coyunturales, breves y hoy insustanciales, que fueron escritos en diversos momentos, entre 1981 y 2001.

En la primera parte del libro (págs. 23-89) titulada “Capitán Colombia”. Homenaje a Alfonso Alexánder Moncayo” se hace una evocación de la extraordinaria vida de uno de los colombianos que se alistó en el Pequeño Ejército Loco que organizó César Augusto Sandino para enfrentar la ocupación de los Estados Unidos en Nicaragua después de 1926. Alexánder, periodista y escritor, que trabajaba en México viajó a Nicaragua con el fin de entrevistar a Sandino

y se quedó junto a él, combatiendo a las tropas invasoras, hasta llegar a ser el secretario privado del insigne luchador indoamericano. Junto a los campesinos de ese país, Alexánder enfrentó con las armas en la mano a los ocupantes y permaneció en Nicaragua hasta 1932, cuando regresó a nuestro país con la pretensión de alistarse como voluntario en la guerra que Colombia libraba contra el Perú. Después, asentado otra vez en su terruño natal, Alexánder se dedicó a escribir, y elaboró varios relatos sobre su experiencia de lucha, destacándose al respecto su libro *Sandino. Relato de la revolución en Nicaragua*, publicado por la Editorial Ercilla de Chile en 1937. También escribió otros libros, entre ellos uno titulado *Sima*, referido a la sociedad nariñense, cuya edición fue quemada en un motín organizado por un grupo de pastusos. A raíz de este hecho, Alexánder se vio obligado a abandonar Pasto y permanecer lejos de allí por varios años. El rastro sistemático de la vida de Alexánder se pierde durante mucho tiempo y vuelve a aparecer en escena en la década de 1980 cuando, a raíz del triunfo de los sandinistas en Nicaragua, antiguos luchadores de la gesta del general de hombres libres regresan a ese país a recibir un homenaje por la lucha que libraron medio siglo antes.

Ahora bien, el rescate de este personaje se limita, en la parte que comentamos, a ser una descripción pura y simple, sin que exista ningún intento analítico para entenderlo y para inscribirlo en el contexto de la lucha latinoamericanista de Sandino. Al respecto, se echa de menos el análisis de las condiciones generales de esa gesta de resistencia, la cual había podido ser reconstruida en sus aspectos fundamentales, y se debía haber explicado por qué razones y cómo se generó esa lucha internacionalista por la defensa de la soberanía nicaragüense, en la que concurren escritores, artesanos, líderes políticos y luchadores de distintos países de América Latina (México, El Salvador, Honduras, Colombia...) para enfrentar a las tropas de ocupación de los Estados

Unidos. Nada de eso se explica, ni siquiera se menciona, en razón de lo cual no se entiende por qué Alexánder resultó en Nicaragua, quedando la sensación que fue un acto de heroísmo individual. Aunque, desde luego, ese heroísmo no puede desconocerse, se necesita ir mucho más allá para comprender los motivos que hicieron de la causa sandinista una lucha de carácter internacional.



En general, es necesario repetirlo, el capítulo es en exceso descriptivo, aún más, su autor se limita a citar textualmente a Alexánder o a otros escritores que lo entrevistaron o hablaron de él en forma reiterada. En este sentido más que una reconstrucción histórica del personaje nos encontramos ante una recopilación documental de citas y testimonios, sin mucho esfuerzo de elaboración. Un solo ejemplo aclara lo que decimos: al principio del capítulo se plantea que Alexánder desempeñó el papel que adquirió en Nicaragua, porque existirían unas similitudes de tipo social, económico, cultural y hasta artístico y literario entre Nariño y Nicaragua. Ésta habría podido ser una buena premisa de indagación de la cual se hubieran podido derivar las bases de una comparación histórica, interesante y sugestiva. Pero no, el asunto se queda en recuento de nombres que ocupan

casi cuatro páginas (págs. 27-30). Las similitudes se reducirían, en consecuencia, a que Nicaragua ha dado poetas como Rubén Darío y Nariño a otros como Aurelio Arturo. Por supuesto, esto no es ninguna comparación sino una pura trivialidad, porque con esa lógica podría compararse cualquier región del mundo con cualquier otra sólo por el hecho de que ambas tengan poetas, escritores, músicos, pintores y luchadores sociales.



Decíamos al principio que ésta es la parte rescatable del libro, porque la segunda es un completo fiasco. Esta parte lleva por título “Episodios de una historia desconocida” (págs. 139-171), título pretencioso por varias razones: es un refrito de textos publicados por el autor, que hoy lucen bastante desactualizados; es una compilación de artículos periodísticos muy elementales; se limita, al principio en la introducción, a efectuar un recuento descriptivo de personajes y sucesos de la historia de Nariño, ninguno de los cuales es desarrollado y sustentado. Esos textos son los siguientes, y los citamos en forma literal para confirmar lo que venimos diciendo sobre la pobreza analítica allí imperante: “Los Comuneros del Sur” (publicado en octubre de 1981, cinco páginas, págs. 151-155), se ocupa de mencionar el movimiento que se presentó al mismo tiempo con las insurrecciones anticoloniales de 1781. Este tema no cuenta con ningún apoyo bibliográfico ni de ninguna fuente primaria; “Nariño condenado al olvido” (publicado en marzo de 1982, cuatro

páginas, págs. 156-159), un recuento de cifras sobre la pobreza en ese departamento a comienzos de la década de 1980, datos que no se actualizan para mostrar esa situación en la actualidad; “Un pueblo en lucha contra la miseria y el olvido” (publicado en junio de 1987, ocho páginas, págs. 160-167), que menciona los paros cívicos de ese momento, sin que sobre los mismos se haga una reconstrucción sistemática; y, por último, “Nariño quiere vivir” (septiembre de 2001, cuatro páginas, págs. 168-171), sobre la llegada de los paramilitares a ese departamento, un texto lacónico y superficial.

Todos estos temas son de indudable interés, pero en el libro comentado son tratados con tal ligereza que lo dicho allí no contribuye a conocer ni siquiera una parte elemental del asunto. Si se habla de un pueblo rebelde y bravío —y los “pastusos” sí que lo han sido— y de episodios de una historia desconocida (como reza el título del libro), esta segunda parte es de verdad lamentable, puesto que no se aprecia el menor esfuerzo en reconstruir esos episodios, que bien ameritan una investigación seria y consistente, más allá de reproducir artículos periodísticos, así en su momento pudieran haber servido para divulgar esos temas, pero que en un libro ameritan un tratamiento consistente, que se apoye en fuentes e intente cierta coherencia argumentativa.

La falta de una perspectiva crítica en términos de un pensamiento histórico que no se limite a describir fechas y personajes (algo propio, por lo demás, de la historia heroica más convencional) se aprecia en otro texto que se encuentra en la última parte del libro (Anexos), en el que se transcribe una entrevista con Antonio Navarro Wolff en 1985, cuando era uno de los miembros del Comando Superior del M-19. En la presentación de esa entrevista (págs. 220-221) se enumeran los logros políticos formales de ese personaje, que llegó a ser alcalde de Pasto y ahora es gobernador de Nariño, pero no se menciona su papel en el fracaso de la Alianza Democrática después de

la Constituyente ni su función en diseñar una constitución neoliberal, como la de 1991. Aún más, con una falta plena de perspectiva histórica ni siquiera se compara el papel actual de Navarro Wolff y de otros antiguos dirigentes del M-19 en la legitimación del bipartidismo remozado, con las declaraciones que hacía en la entrevista que transcribe, en donde Navarro decía, hace un cuarto de siglo, cosas de este tenor: (estamos) “frente a una oligarquía acostumbrada a engañar, a hacer trampa. Frente a una oligarquía que no quiere asumir el costo de la paz. Que prefiere la guerra” (pág. 224); o “esta oligarquía no quiere ceder absolutamente nada” (pág. 227). Estas cruciales afirmaciones, olvidadas hoy por hoy por el personaje mencionado, cuando ha saboreado las mieles del poder oligárquico, no son dimensionadas por Segovia Mora en el camino de analizar comparativamente lo que va de ayer a hoy en la vida política de Navarro Wolff, por la sencilla razón que le interesa resaltar que como Navarro es nariñense ha desempeñado un papel crucial en la historia colombiana. ¡Esto ya suena a cierto provincianismo trasnochado!



De otra parte, el libro presenta una interesante muestra gráfica de 45 páginas con fotos de Alfonso Alexander, Sandino y otros luchadores de la gesta revolucionaria en Nicaragua y un anexo documental (la III Parte), configurado por seis documentos, un escueto artículo periodístico del autor del libro, publicado en 2006, y la entrevista mencionada a

Navarro Wolff. Las fotos y los documentos le confieren un gran valor testimonial al libro. El más importante de todos esos documentos, porque es de una impresionante trascendencia histórica, es el titulado "Plan de realización del supremo sueño de Bolívar", elaborado por Augusto César Sandino en marzo de 1929 (págs. 175-195), cuyo primer punto dice así: "La Conferencia de Representantes de los veintiún estados integrantes de la Nacionalidad Latinoamericana declara abolida la Doctrina Monroe y, de consiguiente, anula el vigor que dicha Doctrina pretende poseer para inmiscuirse en la política interna y externa de los Estados Latinoamericanos" (pág. 179). Esto parece escrito hoy mismo, y no hace ochenta años, lo cual muestra la perspectiva política de Sandino, uno de los mejores hijos de estas tierras indoamericanas.



Para terminar, podemos decir que nos encontramos ante un libro muy desigual, del cual puede rescatarse el aporte documental y el excelente material gráfico, y algunos atisbos sueltos de la primera parte. El resto del libro es, en términos factuales, pobre, porque salvo el caso de Alfonso Alexander, no hay información empírica significativa sobre los sucesos históricos mencionados. Además, no tiene ninguna perspectiva analítica clara, lo que se aprecia en el ordenamiento del material que en pocas páginas pasa de hablar de temas tan dispares como la resistencia indígena a la independencia (sin incorporar los resultados de recientes investigaciones al respecto) a las criminales acciones paramilitares y a darle, por último, la palabra al Navarro Wolff de la época del M-19. Eso no tiene ningún orden lógico ni analítico, salvo que todos los acontecimientos tie-

nen que ver con el departamento de Nariño, lo cual en sí mismo no es un muy buen criterio de selección, si no está antecedido y mediado por otros aspectos mucho más serios y consistentes (tales como el análisis de contextos, la consulta de fuentes, el manejo de hipótesis explicativas...), so pena de caer en un provincianismo insulso.

La segunda parte del libro, así como la mencionada entrevista, está formada por fragmentos de los que se había podido prescindir por completo, porque no aportan nada significativo, antes por el contrario convierten al libro en un híbrido insustancial, en una especie de salpicon insípido, al tratar muchas cosas pero, a la larga, todas con poco rigor. Se había podido elaborar un libro que tuviera, por lo menos, alguna unidad temática si se hubiera consagrado de manera exclusiva a recordar la vida de Alfonso Alexander, sin pretender hablar del pueblo nariñense, rebelde y bravío, pues eso de verdad amerita muchos estudios serios y responsables.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor,
Universidad Pedagógica Nacional



Descubriendo que el agua moja

La influencia de los Estados Unidos en el Ejército colombiano, 1951-1959
Saúl Mauricio Rodríguez Hernández
La Carreta Editores y Universidad Nacional de Colombia,
Departamento de Historia,
Facultad de Ciencias Humanas,
sede Bogotá, Colección Ojo de agua,
2006, 145 págs.

Hay varias clases de monografías y tesis de grado de historia. Unas, la mayoría, son de muy mala calidad en términos formales y de contenido, y otras, excepcionales, constituyen aportes significativos al conocimiento. Las primeras no merecen convertirse en libros y deberían seguir re-

posando en los anaqueles de las bibliotecas de las universidades, esperando que algún incauto las consulte. Las segundas sí ameritan hacerse libros en el sentido estricto de la palabra y darse a conocer entre un público más amplio que el perteneciente al círculo restringido de la tribu. De las primeras, puede decirse que son insulsas, aburridas y, en general, están mal escritas. Se caracterizan por cumplir con los requisitos académicos, es decir, se encuentran repletas de citas, referencias y alusiones a cosas que estrictamente sólo les interesan a los iniciados, aunque para el resto de los mortales constituyan textos indigeribles por su lenguaje, su pedantez y su vacua erudición.



Lo peor sucede cuando el autor de una tesis de regular calidad pretende convertirla en un libro, sin hacerle los ajustes requeridos para dar tal paso, puesto que existen grandes diferencias entre una tesis y un libro. Una tesis emplea un estilo, un lenguaje y una presentación formal de tipo académico protocolario, que se adecúa a las exigencias del mundo universitario y a sus formas de comunicación, pero un libro es algo más que una tesis, porque su escritura debe intentar superar los rituales, limitados y estériles, del lenguaje académico convencional, no debe abusar de las citas y referencias y debe ser ágil y atractivo. El paso de tesis a libro supone, entonces, un esfuerzo de reelaboración del escrito original por parte de su autor.

Pues bien, el "libro" que ahora comentamos sobre la influencia de los Estados Unidos en el Ejército co-